

to; allí descansareis de la molestia de las distracciones é inutilidades mundanas, allí gemireis con nuevo gusto por la locura de los hombres, que corren con tanto furor para conseguir un humo y una felicidad que huye de ellos y nunca pueden hallarla, porque el mundo, que es donde la buscan, no se la puede dar; allí dareis gracias al Señor con mas viveza por haberos ilustrado y distinguido, no obstante vuestros delitos, de aquella multitud que ha de perecer; allí vereis como con una nueva luz, la felicidad de las almas que le sirven, y que desengañadas de las vanidades solamente viven para la verdad.

Os quejais, en segundo lugar, de que vuestro corazon se halla insensible en la oracion, que no siente ningun vivo movimiento hácia su Dios, y que no se halla en él mas que un fatal disgusto que se la hace insufrible. ¿Pero cómo quereis que vuestro corazon, que está todo ocupado en las cosas de la tierra, lleno de pasiones injustas, de gustos del mundo, de amor á vosotros mismos, de proyectos de elevacion, y acaso de deseos de agradar; ¿cómo quereis que un corazon preocupado con tantos afectos terrenos halle en sí disposicion alguna para las cosas del cielo? En él todo se halla lleno y ocupado por las criaturas; ¿pues dónde quereis que se coloque Dios? Es imposible gustar á un mismo tiempo de Dios y del mundo. Por eso luego que los israelitas pasaron el Jordan y gustaron los frutos de la tierra, dice la Escritura que cesó de llover maná, como dando á entender que no podian participar á un mismo tiempo del sustento del cielo y del de la tierra: *Defecitque mana postquam comederunt de frugibus terra.*<sup>1</sup>

El amor del mundo, dice San Agustin, como una pelli-

<sup>1</sup> Jos. 5. v. 12.

grosa calentura, derrama sobre el corazon una amargura universal que nos hace insípidos y desagradables los bienes invisibles y eternos. Pues si vais siempre á la oracion con un disgusto insufrible, es señal de que vuestro corazon está enfermo, que alguna calentura oculta y acaso ignorada de vosotros mismos, le hace desfallecer, le consume y le quita el gusto, por estar poseido de algun amor extraño. Averiguad la raiz de vuestros disgustos, para con Dios, para con todo aquello que se ordena á él, y la hallareis en las injustas pasiones de vuestro corazon; mirad si aun teneis demasiado apego á vosotros mismos, al cuidado del adorno, al amor propio, á las amistades frívolas, á los ódios peligrosos, á las envidias secretas, á los deseos de elevacion y á todo cuanto os rodea: esta es la raiz del mal; aplicad á ella el remedio, venceos cada dia en alguna cosa, trabajad seriamente en purificar vuestros corazones, y entonces gustareis de las suavidades y consuelos de la oracion; entonces, no ocupando ya el mundo vuestros afectos, os parecerá Dios mas amable, porque muy presto se ama con viveza lo que únicamente se ama.

Y si hemos de decir verdad, ¿no es cierto que los dias en que habeis vivido con mas cuidado de vosotros mismos, los dias en que habeis hecho al Señor algunos sacrificios de vuestros gustos, de vuestra pereza, de vuestro génio y de vuestras aversiones, no es verdad que en aquellos dias habeisorado con mas paz, con mas alegría y con mas consuelo? Aquel que ha dado algunas señales muy distinguidas de fidelidad á su soberano parece con mas gusto en su presencia; pero el que conoce que tiene de qué reprenderle severamente, siente mucho el ponerse delante de él, se halla allí disgustado, está forzado y violento y se oculta de su vista como el primer pecador; no habla con aquella sin-



ceridad de corazón, y con aquella confianza que inspira una conciencia pura, que de nada se halla reprehensible, y así cuenta los instantes en que tiene precisión de sufrir la violencia y la molestia de su presencia divina.

Por eso cuando Jesucristo nos manda orar, empieza mandándonos que veamos: *Vigilate, etc.*<sup>1</sup> En lo que quiere darnos á entender que la vigilancia es la única preparacion para la oracion, que para orar es necesario velar, y que en la oracion no se conceden los gustos y los consuelos sino al recogimiento y á la vigilancia: *Vigilate et orate*. Bien sé que si no orais no podreis velar sobre vosotros, ni vivir santamente; pero tambien sé que si no vivís con esta vigilancia, que hace vivir con santidad, jamás podreis orar con gusto y con consuelo. Es verdad que la oracion nos alcanza la gracia de la vigilancia; pero aun es mucho mas cierto que sola la vigilancia puede adquirirnos el don y la facilidad de la oracion: *Vigilate et orate*.

Y de aquí se puede inferir fácilmente, católicos, que aun cuando en la vida del mundo, la mas regular, esto es, aun cuando en los deleites, en los continuos juegos, en las distracciones, en la diversion de los teatros, que llamais inocente, no hubiera otro daño que el de inhabilitaros para la oracion, aun cuando en esta vida del mundo, que tanto justificais, no se hallara mas delito que el disgustaros de la oracion, dejar el corazón seco, disipar vuestra imaginacion, debilitar vuestra fe y turbar y agitar vuestro espíritu, aun cuando no juzgáramos de la seguridad de este estado mas que por lo que nos decís vosotros mismos todos los dias, esto es, que no sabeis lo que habeis de hacer para orar, y que la oracion es para vosotros una molestia y un enfado que no podeis sufrir, digo que solamente por esto la

<sup>1</sup> Matth. 26. v. 41.

vida del mundo mas inocente es una vida de pecado y de reprobacion, una vida para la cual no hay salud eterna, porque ésta solamente está prometida á la oracion; la salud eterna no puede conseguirse sin el socorro de la oracion, no está concedida sino á la perseverancia en la oracion; luego en cualquiera género de vida que sirva de obstáculo á la oracion, no se puede aspirar á la salud eterna; el que una vida llena de distracciones, de juego, de deleites y de espectáculos sirva de estorbo para la oracion, que ponga en nuestros corazones, en nuestra imaginacion y en nuestros sentidos un disgusto invencible para orar y una distraccion incompatible con el espíritu de oracion, bien lo sabeis vosotros, todos los dias os quejais de ello y aun os valeis de este pretexto para no orar, y de aquí debeis inferir que no puede haber salud eterna para la vida del mundo, aun la mas inocente, pues en todos los estados en que es imposible la oracion, lo es tambien la salud eterna. Primera razon de los disgustos y distracciones de nuestra oracion; la tibieza é infidelidad de nuestra vida.

La segunda es el poco uso que hacemos de la oracion. Oramos con disgusto porque oramos pocas veces. Porque primeramente, la costumbre de orar calmará por sí misma poco á poco vuestro espíritu, desterrará insensiblemente las imágenes del mundo y de la vanidad, y disipará todas esas nubes que forman los disgustos y distracciones de vuestra oracion. En segundo lugar, es necesario pedir mucho tiempo antes de conseguir; es necesario instar, solicitar, importunar: las dulzuras y los consuelos de la oracion son fruto y recompensa de la misma oracion. En tercer lugar, para que guste es necesario que haya familiaridad en ella; si orais pocas veces, siempre será el Señor para vosotros un Dios extraño y desconocido, por decirlo así, en



cuya presencia experimentareis siempre alguna molestia y violencia; no le manifestareis con franqueza el corazón, no tendreis aquella confianza, aquella libertad santa que proviene únicamente de la familiaridad, y en la que consiste todo el deleite de este divino comercio. Dios antes de ser amado quiere ser conocido. El mundo pierde en ser muy conocido, porque solo tiene de agradable la superficie y la primera vista, y si pasais mas adelante está vacío y no hallais mas que vanidad, enfado, inquietud y miseria. Pero al Señor es necesario conocerle y gustarle, dice el profeta, para recibir lo amable que es: *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus.*<sup>1</sup> Cuanto mas le conozcais, mas le amareis, cuanto mas os unais con él, mas conoceréis que no hay otra verdadera felicidad en la tierra que el conocerle y amarle: *Gustate, et videte, quoniam suavis est Dominus.*

Luego solamente el uso de la oracion nos la puede hacer amable. Por eso vemos que la mayor parte de las personas que se quejan de los disgustos y distracciones de su oracion, oran pocas veces, les parece haber cumplido con esta obligacion esencial cuando han dedicado al Señor algunos breves momentos de distraccion y de violencia; al primer instante de disgusto la abandonan, no hacen esfuerzo alguno por sujetar su espíritu, y en vez de mirar la invencible oposicion que tienen á orar como una razon que les hace mas necesaria la oracion, la miran como una excusa legítima que les dispensa de ella.

Pero direis, ¿cómo se ha de hallar en el mundo tiempo bastante para dedicarse con tanta frecuencia á la oracion? ¿No teneis tiempo para orar, amados oyentes míos? ¿Para qué os parece que se os ha dado el tiempo sino para pedir

<sup>1</sup> Psalm 33. v. 9.

á Dios que olvide vuestros delitos, que os mire con ojos de misericordia y que algun dia os coloque en el número de sus santos? ¿No teneis tiempo para orar? ¿luego no teneis tiempo para ser cristianos? Porque un hombre que no ora es un hombre sin Dios, sin culto ni esperanza. ¿No teneis tiempo para orar? Pues sabed que la oracion es el principio de todo bien, y que si no orais no habeis hecho ni una sola obra digna de la vida eterna. ¡Ah, católicos! ¿nos falta tiempo acaso para solicitar las gracias de la tierra, para importunar al soberano, para molestar á sus ministros, para entregarnos á los placeres ó á la pereza? ¿cuántos momentos inútiles y cuántos dias pesados y molestos hemos tenido solamente por la tristeza que acompaña á la ociosidad? ¿cuánto tiempo hemos perdido en vanos cumplimientos, en conversaciones ociosas, en un continuo juego, en obsequios vanos y en seguir unas quimeras que siempre huyen de nosotros? ¡Gran Dios! ¿y ha de faltar tiempo para pedirnos el cielo, para aplacar vuestra ira y granjearnos vuestras eternas misericordias? ¡Qué poco caso hacemos de nuestra salvacion! ¡Oh Dios mio! cuando nos falta tiempo para pedir á vuestra misericordia que nos salve, ¡y qué dignos somos de lástima por hallar tanto tiempo para el mundo y no hallar un solo instante para la eternidad! Segunda razon de los disgustos y distracciones de nuestra oracion, lo poco que la frecuentamos.

Es verdad, católicos, que esta razon no es tan general que no veamos muchas veces á las almas mas fieles padecer en la oracion estos disgustos y distracciones de que hablo; pero digo que entonces estos disgustos provienen de la sabiduría de Dios, que quiere purificarlas y las lleva por este camino para cumplir los eternos designios de su misericordia para con ellas. Ultima razon, y así en vez de des-



preciar la tristeza y molestia que las ofrece la oración, deben perseverar en ella con mas fidelidad que, si el Señor las llenara de consuelos sensibles y abundantes.

Primeramente porque debéis mirar estos disgustos como justo castigo de vuestras pasadas infidelidades. ¿No os parece cosa razonable el que Dios os haga expiar las culpables delicias de vuestra vida mundana con los disgustos y amarguras de la piedad? Puede ser que la debilidad de vuestra complexion no os permita el castigar con maceraciones corporales el desorden de vuestras primeras costumbres, y así parece muy justo que Dios supla este defecto con las penas y aflicciones interiores del espíritu. Quisiérais que Dios os llevase en un instante de los deleites del mundo á los de la gracia, de las viandas de Egipto á la leche y miel de la tierra de promision, sin haberos hecho experimentar antes las sequedades y fatigas del desierto, y en una palabra, que no castigase, si es lícito decirlo así, las delicias de la culpa mas que con las de la virtud.

En segundo lugar, os habeis negado á Dios por tanto tiempo, no obstante las mas vivas inspiraciones de su gracia con que os llamaba á la verdad y á la luz; le habeis dejado que esté tanto tiempo llamando á la puerta de vuestro corazon antes de permitir que se apodere de él; habeis por tanto tiempo disputado, combatido, titubeado y diferido antes de entregaros á él; ¿pues no será justo que se retire por algun tiempo antes de entregarse á vosotros con todos los consuelos de su gracia? Las dilaciones y tardanzas del Señor son justo castigo de las vuestras.

Pero aun quando no fueran tan sólidas estas razones, ¿qué sabeis si acaso quiere Dios con eso haceros mas aborrecible este destierro y la distancia en que vivís de él, y haceros suspirar mas vivamente por aquella eterna patria,

en la que la verdad vista claramente siempre nos parecerá amable, porque siempre la veremos como es en sí? ¿qué sabeis si acaso de este modo quiere inspiraros mas compuncion de vuestros pasados delitos, dándoos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que dejaron en vuestro corazon para la verdad y la justicia? Por último, ¿qué sabeis si con estas sequedades quiere Dios acabar de purificar aquellas reliquias de afecto humano que pueden haber quedado en vuestra piedad? ¿qué sabeis si quiere fundar vuestra virtud sobre la verdad, que es siempre la misma, y no sobre el gusto, que se muda á cada instante, sobre las reglas que son eternas y no sobre los consuelos que son pasajeros, sobre la fe que sacrifica constantemente las cosas visibles á las invisibles, y no sobre la sensibilidad que deja al mundo casi el mismo imperio que á la gracia sobre nuestro corazon? Una piedad que toda es gustos, nunca pasa muy adelante si no la sostiene y asegura la verdad. Es muy peligrosa la fidelidad que depende de las tiernas disposiciones de un corazon que nunca permanece el mismo ni un solo instante, y en el que todos los objetos hacen nuevas impresiones. Las obligaciones que solo agradan mientras consuelan, no agradan por mucho tiempo, y la virtud que consiste solamente en el gusto, no puede mantenerse, porque solo estriba en nosotros mismos.

Porque finalmente, si en vuestra oracion no buscáis mas que á Dios que os guie por los disgustos ó por los consuelos, como el camino por donde os lleva os guie á él, así como será el mas seguro para vosotros, debe pareceros tambien el mas proporcionado. Si solamente oráis para alcanzar del cielo los socorros para vuestras necesidades y flaquezas, enseñándoos la fe que la oracion, aun quando está acompañada de estos disgustos y de estas sequedades, al-